

Managua, Sábado 2 de julio de 2005.
Francisco Javier Bautista Lara
fjbautista@yahoo.com

LAS INJUSTICIAS, LAS CULPAS Y SUS CONSECUENCIAS
En ocasión de la muerte de mi madre *María Rosa Lara*

“Señor, hazme instrumento de tu paz...”
San Francisco de Asís.

Dios, según el nombre con que unos u otros lo mencionen e invoquen, es un Dios de amor y misericordia, no castiga porque no es vengativo. Concede la libertad, tan relativa en las personas, para que éstas actúen según su propio discernimiento y sus circunstancias. Las personas, desde su posición de poder y sus capacidades, actúan, deciden, hacen, y pueden provocar beneficios e inimaginables daños. Las personas cometen errores, se equivocan, pueden rectificar, también tienen aciertos y, a veces, son indiferentes e insensibles, pueden ser también solidarias y humanas.

Ayer jueves primero de julio, después de treinta y un días de angustiosas odiseas hospitalarias, los restos mortales de mi madre encontraron el pacífico refugio de la tierra, entre el polvo que es origen y fin de nuestra efímera existencia. Ella, ahora, ha trascendido de las limitaciones humanas que nos anclan, desde una posición privilegiada se ha librado de los errores propios y ajenos, de las injusticias y se hace amor, presencia transparente y esencialmente pura. Ella iba entre rosas rojas, oraciones, música y cantos de mística melodía, entrelazada en el abrazo de sus descendientes, bañándola con lágrimas y pesares de desahogo. Una larga corriente de solidarias expresiones sobresalió a los pocos ausentes y a los tímidos temores de los que suelen esconder la mirada y bajar la cabeza, de los que dicen una cosa y hacen otra, de los que tienen rostros que cambian con el soplar del viento y se ocultan entre máscaras maquilladas de reconocidas figuras.

La última vez que pude hablar con ella fue el día de mi cumpleaños, me felicitó con unas palabras y un abrazo desde una cama de hospital. Tres días antes, aun en su casa, que fue la casa de nuestra niñez y juventud, le entregué el primer ejemplar de mi libro *“Entre autores y personajes”*, vio la portada, leyó la dedicatoria, le leí algunos párrafos sueltos. Nunca más pudo leerlo. En su cuarto, sobre una mesita de noche, allí está ese primer ejemplar. Solo un comentario hizo: *“hijo, tené confianza, todo te va a salir bien, Dios sabrá...”*

Ella fue una mujer de gran fortaleza, sencilla e incansable trabajadora, madre de diez hijos, tres mujeres y siete varones, apenas concluyó el sexto grado de primaria, pero tuvo la sabiduría que sobrepasó todos los títulos que sus diez hijos han logrado bajo su sombra. Estaba presente en todo, era bastón y escalera, techo, alero y refugio, oído y voz oportuna, brazo y hombro, punto de reunión y referencia, mirada atenta y corazón palpitante, madre, hermana, consejera. Siempre en nuestra casa hubo escasez de recursos, pero hubo abundancia de solidaridad, honestidad y optimismo. De fe inquebrantable, pendiente de cada detalle, rezando por todos, sin rencores, sin exigir nada, perdonándolo todo. Sus éxitos eran los de sus hijos y sus sufrimientos fueron las angustias de ellos y ellas. No necesitó hacer testamento porque no poseía nada material que heredar, la enseñanza y el ejemplo de su vida no necesita escritura pública, quedan

como semilla que sigue frondosamente germinando entre hijos, hijas, nietos y nietas... Leía los salmos y evangelios, seguramente de por allí extrajo aquella frase de San Pablo a los Efesios: *"Tomen la verdad como cinturón y la justicia como coraza estén bien calzados, listos para propagar la buena nueva de la paz. Tengan siempre a mano el escudo de la fe..."*

La decisión ilegal y arbitraria de un Presidente, el sumiso cumplimiento de un Ministro y un Primer Comisionado de cometer por presunta obediencia, halago, amenaza o temor una injusticia contra la dignidad personal y la carrera profesional de quien escribe esta nota, a pesar de la insistencia de recibir explicación de las causas inexistentes, todo motivado por la ligera y absoluta voluntad, por encima de ley y los criterios de eficacia y profesionalismo, de quien tiene la obligación de actuar con la mayor madurez y sensatez, el daño causado a partir de allí a la institucionalidad, pero particularmente a los derechos humanos de la persona, al individuo, que no es un simple mueble del inventario, que es un profesional de carrera con más de veinticinco años de servicio, alguien que ha querido dar los mejores esfuerzos por desarrollar una institución nueva y moderna al lado de tantos otros compañeros y compañeras. A pesar de mi insistencia para que se entendieran de lo incorrecto de esa decisión y que no solo afectaba a mi persona, sino que había una familia que también era dañada. No hubo oídos disponibles y en un plazo de tres horas la decisión fue cumplida, sin tiempo siquiera de entregar las obligaciones a mi cargo ni los libros y objetos personales que en la oficina había. Todo, bajo especulaciones tendenciosas, motivaciones subjetivas y políticas, totalmente ajenas a mí.

Mi madre, siempre fue una mujer sana, enfermera de todos, no conoció nunca cirugías ni padecimientos, hasta hace poco más de un mes que comenzó a alterarse por el sufrimiento que nosotros superábamos y ella se guardaba. Es cierto, todos moriremos un día, como decía el poeta latino Quinto Horacio: *"La pálida muerte visita por igual las chozas de los pobres y las torres de los reyes"*; esa es una de las consecuencias ineludibles de la vida, sin embargo, en este caso, parece ha habido una relación coincidente y tal vez casual, de la injusticia cometida y el deterioro de la salud de mi madre, una inesperada consecuencia, que finalmente la llevó a la muerte, que en su caso, es una esperanza de vida nueva.

No culpo a nadie de las secuelas de las injustas decisiones, cada quien es dueño de su propia culpa y cada quien deberá saber como salvarse de ella, como esconderla, como evadirla o saldarla. Yo, como ella siempre lo hizo, perdono a todos los que me pudieron haber hecho daño, ella ya los había perdonado.

La verdad y la razón, que es la única que me asiste, por mucho encierro que tengan, siempre salen a luz, es imposible pretender desconocerlas. Las lágrimas como el agua cristalina limpian el corazón y fortalecen la dignidad. El tiempo es capaz de superar el dolor, rescatar la verdad y restablecer la justicia.

Paz y Bien

Francisco Javier Bautista Lara.